

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Oye... Recuerda

Deuteronomio...

Cuando Moisés exponía la ley al pueblo por segunda vez (es el significado de la palabra Deuteronomio: reiteración), “a este lado del Jordán, en el valle” (4:46), en el umbral del país de la promesa, su antiguo auditorio, aquellos a los cuales se había dirigido en el Sinaí, ya no estaban más, excepto Josué y Caleb. Conforme a la palabra de Dios, todos los que no habían creído cayeron en el desierto; los niños de entonces se convirtieron en hombres; surgió una nueva generación, y ésta debía ser establecida en Canaán.

Este libro de Deuteronomio fue, pues, dirigido principalmente a los jóvenes. El respetable siervo, a través de quien Dios lo dio, estaba al fin de su carrera. El Deuteronomio contiene por así decirlo sus últimas recomendaciones a la joven generación. La importancia que él tiene para los jóvenes cristianos de hoy es muy grande.

Aquí no vemos al legislador severo, sino más bien al hombre “manso, más que todos los hombres que había sobre la tierra” (Números 12:3), quien dejaba hablar su corazón lleno de amor por el pueblo de Dios. Hasta el estilo empleado en este libro concurre a darle una ternura particular. Desde los primeros capítulos, nos llama la atención su lenguaje directo. Moisés interpelaba al pueblo, y no solamente por un “vosotros” colectivo, sino por ese “tú” tan frecuentemente empleado que obligaba a cada uno a sentirse personalmente confrontado, como si el afectuoso e

imperioso llamado de Moisés se le hiciera expresamente a él.

Por último, lo que agrega al carácter de este libro es que el Señor mismo tomó de él las palabras con las cuales respondió a Satanás cuando éste lo tentó.

Con razón se recomienda encarecidamente a los creyentes la lectura de este libro tan interesante. Sin insistir sobre su estructura, recordemos las tres divisiones que le podemos ver. Los cuatro primeros capítulos son un recuerdo del pasado. La segunda parte, que podríamos llamar legislativa, se subdivide en dos: del capítulo 5 al capítulo 11, Moisés presenta a los israelitas todos los motivos que tienen para obedecer; luego, en los capítulos 12 a 26, les enseña cómo deberán conducirse en Canaán. En la tercera parte vemos las visiones proféticas, en particular con el cántico de Moisés y las bendiciones con las cuales bendijo al pueblo.

Lo que siempre sobresale, como tema principal del libro, es la *obediencia* requerida del pueblo. Dos expresiones se repiten sin cesar: “*Escucha*” y “*recuerda*”. Este es el mensaje clave del libro de Deuteronomio, el cual es particularmente apropiado para la juventud, aunque es importante para los demás también.

Escuchar es disponerse para obedecer; y para obedecer es necesario escuchar. Escuchar es una de las cosas que más nos cuesta, porque somos desobedientes por naturaleza. Ya a un niño se le dificulta obedecer, y más tarde, cuando la personalidad se desarrolla, la voluntad propia se manifiesta aún más abiertamente. Moisés conocía bien esto, por eso, enseñado por Dios, insistía sobre la necesidad de escuchar: “Oye... Israel”.

Escuchar, ¿qué es, sino prestar atención? ¿Cómo escuchar la voz del Señor si dejamos que los ruidos de este

mundo la ahoguen? Como para el profeta de otros tiempos, el Señor no está actualmente “en un grande y poderoso viento que rompía los montes, y quebraba las peñas”, ni en el temblor de tierra, ni en el fuego, sino en “un silbo apacible y delicado” (1 Reyes 19:11-12). ¡Tengamos oídos atentos para discernir tal voz!

Pero concretamente, ¿cómo podemos escuchar? Leyendo la Palabra de Dios, escrita para nuestra instrucción, y tomando la actitud de María, la cual sentada a los pies de Jesús “oía su palabra” (Lucas 10:39). Lea regularmente el santo Libro, para su propia edificación. Nada reemplaza este contacto personal, ni siquiera el escuchar una meditación o la lectura de comentarios que nos ayudan a comprender esta Palabra, por preciosa que cada una de ellas sea en su lugar. Lea la Palabra con oración, con fe, pidiendo al Señor que la aclare y la bendiga para su bien. Léala desde su infancia, no escuche al enemigo que le sugiere esperar hasta más tarde, cuando tenga edad para comprenderla mejor. Piense en Samuel, quien desde niño respondió a Dios: “Habla, porque tu siervo oye” (1 Samuel 3:10). Como muchos otros, quien escribe estas líneas lamenta no haber leído más esta Palabra en su niñez. Aproveche su juventud para leer “las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús” (2 Timoteo 3:15), estos años durante los cuales la memoria está fresca, cuando el corazón todavía no ha sido endurecido por las ansiedades de la vida, y cuando es más fácil hallar un momento favorable cada día.

El Señor me concedió, siendo joven, leer el libro de Deuteronomio, el cual me llamó mucho la atención. Más tarde, estudiando solo en una gran ciudad, muchas veces escuché el eco reconfortante y a la vez preventivo de la

voz del fiel conductor repitiendo a su pueblo: “Oye...”. Sea usted de los muchos que como Salomón dirigen esta oración: “Da, pues, a tu siervo corazón entendido” (1 Reyes 3:9), y disponga así su corazón para escuchar, a fin de vivir una vida de dependencia y comunión con Dios. Únicamente esta dependencia hará que su servicio sea útil. Usted desea vivir, no para sí mismo sino para Aquel que murió y resucitó por usted. Pues bien, esto sólo es posible si su corazón está atento y escucha la voz del Señor. Muchos años después de Moisés, Samuel también insistía sobre la necesidad de obedecer: “¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención mejor que la grosura de los carneros” (1 Samuel 15:22).

Escuchar para aprender. Escuchar para servir. Por encima de todo consideremos el ejemplo del Señor Jesús mismo. Estando en constante comunión con su Padre, no tendría ninguna necesidad de escuchar; sin embargo, quiso que fuese dicho de él: “Jehová el Señor... despertará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios. Jehová el Señor me abrió el oído, y yo no fui rebelde, ni me volví atrás” (Isaías 50:4-5). “Has abierto mis oídos... Entonces dije: He aquí, vengo... para hacer tu voluntad” (Salmo 40:6-7; Hebreos 10:9). “Acuérdate...”. “Te acordarás...”. “No olvides...”. Estas palabras también vuelven constantemente a la boca de Moisés. Era necesario entonces, es necesario hoy y será necesario recordar siempre. “Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová tu Dios...” (Deuteronomio 8:2)

Esta exhortación dirigida a los jóvenes puede parecer extraña. Normalmente la juventud mira hacia el porvenir que está ante ella, y no hacia el pasado, tan próximo para

ella del presente y tan poco provisto de experiencias. Sin embargo, por corto que haya sido su pasado, es propio para testificar de la misericordia del Señor.

Su camino, ¿no ha estado marcado por los cuidados del buen Pastor? Si tiene padres creyentes, recuerde el hogar cristiano en el cual Dios permitió que usted naciera, los momentos pasados en familia leyendo el santo Libro, los preciosos instantes de comunión fraternal en la asamblea. Recuerde a los cristianos que lo han rodeado desde la infancia. “Acordaos de vuestros pastores, que os hablaron la Palabra de Dios” (Hebreos 13:7). Recuerde todos los medios a través de los cuales el Señor ha querido instruirlo, advertirlo, animarlo... Recuerde también sus propias inconsecuencias, y la gracia que él ha obrado en favor suyo; recuerde los pasos en falso, las desobediencias y todo lo que lo ha hecho conocerse a sí mismo. “Acuérdate, no olvides” (Deuteronomio 9:7).

“Acuérdate”, dice Moisés trayendo a la memoria los episodios alternativamente humillantes y reconfortantes de la travesía por el desierto. En vano la joven generación hubiera podido decir: «¡Ahí fallaron nuestros padres!». La historia del pueblo de Dios es la nuestra. También somos solidariamente responsables de la ruina. Sí, joven cristiano, así es con la Iglesia como testimonio colectivo en la tierra; usted no puede desligarse de ella. Incline la cabeza constatando el irremediable declive de la cristiandad. Levántela mirando hacia arriba con confianza y reconocimiento, viendo la fidelidad del Señor en todas las cosas, pese a la ruina.

Por encima de todo, es necesario “que todos los días de tu vida te acuerdes del día en que saliste de la tierra de Egipto” (Deuteronomio 16:3). Recuerde su redención. Recuerde al Redentor. Jóvenes cristianos, la voz del Señor mismo

se dirige a sus corazones: “Haced esto en memoria de mí” (Lucas 22:19). Nosotros olvidamos fácilmente, pero él no olvida; él nos tiene grabados en las palmas de sus manos (Isaías 49:16), de esas manos que fueron traspasadas por nosotros, él despierta en nosotros el recuerdo de sus sufrimientos y nos invita a hacer lo que es precioso a su corazón, “en memoria de él”.

Queridos amigos creyentes, como el pueblo de otrora a punto de entrar en Canaán, nosotros estamos a punto de llegar a la casa del Padre. Pronto el Señor tomará a los suyos para que estén siempre con él. Entonces no tendremos más la oportunidad de prestar atención para oír, sino que conoceremos como fuimos conocidos, contemplaremos por siempre al Señor, nuestros ojos lo verán tal como él es. Pero el recuerdo de lo que hizo y de lo que fue por nosotros permanecerá vivo eternamente. Mientras esperamos, atendamos a su voz que dice, para nuestra seguridad y bendición: “Oye... Recuerda”.

M. C.

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).